

Baile de una vieja Rosa

Se llamaba Rosa, tenía ochenta años y era una estrella retirada de la canción. Algunos rasgos de su belleza se podían apreciar ya marchitos por el paso del tiempo. Ahora cargaba con un gran moño de color gris, unos dolores insoportables cada vez que se agachaba, una piel arrugada, unas uñas de colores variopintos y unas pestañas con un exceso de rímel.

Tenía cada estantería repleta de pequeños recuerdos de su estrellato y de su difunto marido, al que seguía queriendo como el primer día. Los únicos familiares que la iban a ver eran su hija Lucía y su hermana Teodora. Esta última iba a verla con menos frecuencia, una vez cada cinco meses, debido a su pobre estado de salud, en cambio su hija Lucía lo hacía una vez cada tres meses y a regañadientes, lo que Rosa siempre definía con palabras como desagradecida o ingrata. Lo único que hacía era ver en la tele programas de marujeos que ya le aburrían, y películas del oeste que le hacían recordar a su marido. Recordar un pasado tan maravilloso, la hacía sentirse la mujer más infeliz sobre la faz de la tierra. Nunca le gustaron los niños, ni a los niños les gustaba ella. No sabía cocinar un menú muy variado, simplemente lo que aprendió en sus primeros años de jubilación. Ya estaba muy vieja para aprender. Por muy tabú que lo considerase, en el fondo sabía que la muerte sería la única que la liberaría de esa cárcel hecha de piel arrugada que era su cuerpo desgastado.

Aquel día soleado de principios de Mayo, un repartidor se paró en la casa número veintinueve de la Calle Doctor Fleming, con el fin de entregar un paquete a una tal Rosa Ramírez Pérez. Se paró en el portal, tocó el timbre, que hizo un estruendoso sonido, esperó unos cinco minutos, en los que se planteó si esa mujer estaría o no en casa, y vio a una anciana abrir la puerta, intercambiaron miradas durante unos instantes y el repartidor dijo:

— ¿Señora Rosa Ramírez...?

—Pérez, sí, soy yo ¿qué quiere?— le interrumpió bruscamente.

—Vengo a entregarle este paquete —levantó una caja. La anciana se puso unas gafas que siempre llevaba consigo, entornó los ojos y leyó lenta y torpemente el nombre de la destinataria, ella.

—Bueno venga, dámelo.

—Primero me tiene que firmar esto. — Alzó un portafolios con un bolígrafo atado a él con una cuerda— Antes de nada, por favor enséñeme su DNI.

— ¡Ah! Espera, voy a ver si lo encuentro. Por favor, pase y siéntese — entró el repartidor después de la anciana. Él entró en el salón que Rosa le indicó, y ella se aventuró en la maraña de recuerdos en busca de su DNI.

Buscó en el primer cajón, donde unas cuantas fotografías de color sepia mostraban la primera vez que se subió a un escenario en frente de una cámara, se acordaba como si fuera ayer. Tenía veinte años, participaba en un programa de caza-talentos. Se encontraba nerviosa a pesar de haber estado cantando toda la vida. De repente, entonó una copla que

¡puedó boquiabierto al jurado, era como si las palabras hubieran salido desde lo más hondo de su alma. Desde ese momento, su carrera artística salió disparada, sacó un disco después de aquello, fue un éxito de ventas. Abrió el cajón. Solo encontró unos cuantos botes de pastillas cuyo fin desconocía y unas gomas elásticas.

Siguió buscando en otro lado, pudo ver distintas imágenes de su difunto marido, Juan. Debido a la edad, ya no recordaba los detalles de cómo se conocieron, pero en su corazón aquella relación había dejado una hermosa huella con la forma más romántica y mejor cuidada posible. Desde la muerte de su marido, Rosa se quedó atrapada en una profunda tristeza que inundaba cada minuto, cada día, cada semana, cada mes, cada año, hasta que le pareció normal sentirlo. Abrió otro cajón, nada.

Ahora flotaba entre sus propias memorias. Se veía joven, renacida, podía entonar una canción con la misma facilidad que antes, se sentía tan hermosa; o incluso más que antes. Había olvidado ya que el cartero estaba esperando.

— ¿Ya lo ha encontrado?— vociferó el repartidor que estaba sentado, incómodo, en un sillón marrón.

— ¡Estoy en ello! Parece que está huyendo de mí. — volvió al mundo real, parecía que se había despertado de un sueño del cual no quería despertar.

No quería encontrar nada con lo que firmar, solo quería seguir recordando.

Ahora encontró el recuerdo que más la entristecía, se trataba de una foto de la familia entera, la que le había dejado sola. Su marido, al que añoraba tanto, se encontraba a la derecha de la joven Rosa, que estaba de pie, delante de unos setos, y a la izquierda de un gran naranjo. Lucía, su única hija, estaba en frente de su madre, la que dio su vida y sacrificó parte de su carrera para tenerla, y a la que abandonó como a un perro cuando más la necesitaba. Lucía tenía un vestido rojo y abrazaba un oso de peluche.

— ¿Para esto he dado mi vida?— dijo para sí. Hizo una breve pausa en la que un sentimiento de furia, no de tristeza como otras veces, recorrió cada rincón de su cuerpo. — ¿Para estar en esta maldita casa como un calcetín sin pareja, olvidado? — dijo a un volumen relativamente alto.

— ¿Ya lo ha encontrado? He oído algo. — volvió a preguntar el repartidor cansado de esperar. Ella ignoró la pregunta que le había hecho su invitado.

Abrió el cajón con fuerza y allí encontró el DNI que había estado buscando, este mostraba una foto en la que Rosa salía con una sonrisa forzada que hacía que sus arrugas se hiciesen mucho más visibles de lo que ya eran.

—Ya estoy aquí con el endemoniado DNI. — tenía una cara amable, a pesar de haber estado enfurecida.

Hizo una firma rápida y desganada, el repartidor dijo adiós y se fue. Ahora estaba sola de nuevo. Abrió el paquete y vio el contenido, había una carta que decía:

Querida hermana Rosa:

Quiero escribirte esta carta porque te quiero. Te la escribo porque mi amor por ti es doble. Siempre fuimos las mejores amigas y siempre fuimos las mejores hermanas. Ya sé que tú siempre me dijiste que no querías ser una carga, que siempre me dijiste que eras una cobarde y que no sabías cómo buscar esta salida que te estoy ofreciendo ahora. Me dijiste que solo lo harías en alguna situación extrema. Ya sé que siempre dije que eran paparruchas, que eso no llegaría pasar; pero, debido a mi sincero amor por ti y a tu lamentable estado, me veo obligada a hacer esto.

Estos meses que he estado en el hospital, he pensado mucho. Estos días serán los últimos de mi vida. Mil veces me preguntaste si merece la pena vivir así, si merece la pena vivir como un pájaro enjaulado. Mil veces me dijiste que te ayudara con ese yugo con el que estabas obligada a cargar.

Yo siempre te he querido y te querré. Mi final está cerca. Tú sabrás qué hacer con esto. Ojalá pueda estar contigo, pero aunque me duela, te quiero.

Quizás, los últimos besos y abrazos.

Teodora, tu hermana.

Al principio se impresionó un poco, pero después lo vio todo más claro. Normal que le hubiera escrito aquella carta. Su hermana siempre había sido muy comprensiva y honesta con ella. Teodora siempre había ido a visitarla, aunque estuviera con alguna lesión. Ella nunca le habría fallado pero ahora no podría hacerlo. Sin su hermana ya no le quedaba nadie, estaba sola.

Rebuscó en la caja un poco más y allí la vio. La cogió entre sus manos y pensó un poco. La volvió a dejar en la caja. Pasaron unos minutos en los que escribió algo con manos temblorosas. Volvió a coger el regalo que le había hecho su hermana: una pistola.

De repente, el recuerdo más triste se le vino a la cabeza. Estaba en el hospital con su marido, él tenía cáncer de pulmón, habían pasado unos tres meses muy duros. Su hija esperaba en la puerta, era la época en la que Rosa siempre tenía una mirada esperanzadora. De pronto, su marido apretó su mano fuertemente, miró hacia el lugar donde estaba su hija Lucía, que ya tenía treinta y dos años, después miró a su mujer con la misma pasión de hace cincuenta años, después, cerró los ojos y no volvió a despertar.

Se sentía valerosa, valiente, como si nada pudiese con ella mientras sujetaba aquella pistola; era negra como el azabache y muy pesada. Casi no la podía sujetar.

Vaciló un poco antes de hacer nada, ¿en realidad iba a hacer lo que estaba pensando? Quizás podría esperar un poco a que la metieran en un asilo; pero ¿en qué estaba pensando?, no estaría doblemente enjaulada ni por todo el dinero del mundo. No vale de nada ser joven y hermosa si estas enjaulada. Pero la muerte es algo muy serio, una vez que aparezca ya no habrá marcha atrás. Aunque en realidad ya no había nada que perder.

—Venga Rosa, es ahora o nunca. —se animó a sí misma.

Cogió la pistola, apretó el gatillo. Mientras la bala avanzaba en dirección a su sien, vio toda su vida pasar ante sus ojos. Solo fue un suspiro. Un segundo más tarde una bala impactó contra su cráneo y el cuerpo sin vida de Rosa se desplomó en el suelo.

Solo dos cartas encima de la mesa, dos cartas de despedida para los dos únicos familiares que alguna vez fueron a visitarla. Estaban escritas a mano con trazos temblorosos.

Querida Teodora:

He leído tu carta y me ha inspirado a hacer esto. Si Lucía te echa la culpa y se enfada contigo, debe saber que no ha sido culpa tuya, que he sido yo la que ha cogido la pistola —mintió, quizás para disculpar a su hermana — y he sido yo la que me he disparado con ella. No llores mi muerte pues cualquier opción, incluso la muerte, era mejor que estar aquí.

Para que sepas que te quiere,

Rosa Ramírez Pérez, en su pleno uso de facultades.

Unas líneas más abajo había otra especie de carta.

Lucía:

Aunque nuestra relación era un poco distante, yo te di la vida, así que, como buena madre siento un amor incondicional hacia ti. Espero que te vaya muy bien en la vida. Siento no tener nada más que decir.

Tu madre,

Rosa

No descubrieron su cuerpo hasta el día siguiente. Asistieron a su funeral unas cien personas. Irónico, pues nadie la visitaba en vida.

Pero este final no es triste, al contrario, es alegre. Al final el pájaro que vivía enjaulado en una jaula oxidada, escapó y voló hasta el horizonte, donde el sol se pone.

Fdo.: Maljim